

3

¿Qué es el ser humano?

En este capítulo nos planteamos la perenne cuestión “¿qué es el ser humano?”. Se trata de un interrogante tan antiguo como la existencia de la humanidad, porque para sobrevivir los humanos tienen que pensar sobre sí mismos, concretar el objeto de sus necesidades y descubrir el modo de satisfacerlas. El comportamiento humano no está determinado por leyes biológicas, no tiene las características de la conducta instintiva de los animales. El ser humano descubre que es distinto al resto de los seres vivos en el modo de afrontar la vida y de estar en el mundo. Realiza las funciones propias de la vida vegetativa –nace, crece, se reproduce y muere– y también las características de la vida animal –siente–, pero además piensa y quiere –desarrolla una vida que se abre a otra dimensión, que llamamos *vida racional*–. El hecho de ser racional hace que el hombre viva de modo diferente las funciones propias de la vida vegetativa y sensible. Su modo de actuar es diferente al dinamismo vital característico de las plantas y los animales.

El ser humano es un animal racional y su biología configura una especie distinta –el *Homo sapiens*–, que es el punto de llegada de un largo camino evolutivo que se denomina *proceso de hominización*. La biología del *Homo sapiens* apunta hacia la racionalidad y su desarrollo se ha llevado a cabo siguiendo un camino complementario a la hominización, que se llama *proceso de humanización*. El estudio de la hominización y de la humanización de nuestra especie muestra la posibilidad y necesidad de la educación.

La humanidad ha tenido que desarrollar su inteligencia para subsistir, y en ese proceso los seres humanos añaden a la meta de la subsistencia la de la *buena vida* –vida con bienestar– y la de la *vida buena* –la excelencia–, como Aristóteles explica en el libro I de la *Política*. El ser humano se ha ido descubriendo a sí mismo a la par que desvelaba el mundo y su posición en él. Ha pensado sobre la naturaleza de las cosas que le rodean y sobre su propio modo de ser. El dominio del mundo físico mediante el conocimiento y la técnica, que han ido incrementándose a lo largo del tiempo, es posible porque los seres humanos se unen y colaboran entre sí; de esta forma, asociados, superan con creces la vulnerabilidad individual hasta hacer posible la buena vida y la vida buena. Y superan también las limitaciones que impone el tiempo cuando dejan en herencia a las generaciones futuras lo aprendido, ahorrándoles así el esfuerzo que ellos han invertido en descubrir cómo se puede vivir. Esa herencia se asume mediante la educación, y uno de los mayores logros de la organización social humana es la posibilidad de configurar la ayuda de unos a otros educativamente.

Parte II. Ser humano. Aprender a ser humano

El desarrollo humano –económico, social y personal– tiene como premisa necesaria la educación; y este desarrollo se orienta a lograr la plenitud humana que, considerada subjetivamente, coincide con la felicidad. Por eso, tiene sentido afirmar que el fin de la educación es contribuir a la felicidad de cada persona.

Para comprender el sentido profundo de estas afirmaciones: primero se analiza qué es el hombre en cuanto ser vivo; a continuación, se argumenta que es educable y educador, reflexionando sobre los procesos de hominización y la humanización; en el tercer apartado mostramos que la educación es intrínseca al ser humano de acuerdo con sus dimensiones corporal y espiritual para terminar analizando la relación entre educación desarrollo, felicidad y plenitud, a la luz de lo que significa ser humano.

Glosario

Educación: ayudar a crecer; el término procede del latín *educare*, “criar”, –acción externa que va desde fuera hacia dentro– y *educere*, “sacar”, –acción interna desde dentro hacia fuera–.

Especie: clasificación básica de los seres vivos de acuerdo con que presenten las mismas características biológicas y sean capaces de reproducirse generando individuos de las mismas propiedades básicas. En el caso de la reproducción sexual, los individuos de la misma especie son fecundos entre sí.

Espiritual: dimensión o cualidad del ser humano por la que se indica que puede trascender su cuerpo, y que se expresa en la capacidad racional de pensar, querer y relacionarse con los seres y la realidad. La espiritualidad se aprecia en la reflexión del pensar y del querer humano (es posible *pensar que pienso* y *querer querer*) y su apertura infinita a la realidad (no se agota ni el conocer ni el querer).

Filogenético: relacionado con la filogenia o relación de parentescos entre especies; parte de la biología evolutiva que tiene como objeto de estudio el ADN y la morfología de los diversos seres vivos.

Naturaleza: desde una perspectiva filosófica, designa al modo de ser en cuanto principio de operaciones; desde la perspectiva biológica, el término que se emplea es *especie*.

3.1. Un organismo vivo que hace posible y necesaria la educación

La evidencia inmediata de que el ser humano es un ser vivo –es decir, el hecho de que lo primero que apreciamos en un ser humano es que tiene cuerpo, que es un organismo biológico– indica la ruta más sencilla para explicar qué es el hombre y comprender cuál es su naturaleza. La antropología biológica muestra las semejanzas y diferencias del ser

¿Qué es el ser humano?

humano respecto de los animales que se consideran superiores –por ser más inteligentes y con mayor capacidad de aprendizaje– y sobre todo con los que están más cercanos a nosotros en la escala filogenética. Los científicos debaten sobre el grado de parecido del ser humano con las especies animales más próximas, y plantean una cuestión: ¿la diferencia entre seres humanos y los demás animales es cuantitativa o es cualitativa? Si se resuelve que la diferencia es cuantitativa, se asume que el ser humano es un animal superior con una dotación biológica más compleja que le permite conductas más adaptativas al ambiente, en comparación con el resto de los animales superiores. Si se afirma que existe una diferencia cualitativa, se advierte que esa dotación biológica humana, sin duda más compleja, no explica completamente lo que el ser humano es, sino que se requiere apelar a una dimensión espiritual –en el sentido que hemos definido en el glosario: que trasciende, que va más allá de la actividad física de un cuerpo–. Esto daría razón del hecho de que el ser humano adapta el mundo a sí mismo, transformándolo, creando cultura.

La creación de cualquier producto cultural es posible por el ingenio de algún sujeto y la colaboración de otros para mantenerlo y transmitirlo de generación en generación; no se explica exclusivamente como resultado del funcionamiento biológico del ser humano. Los datos que aporta la antropología biológica, y que asume la antropología de la educación, justifican la posibilidad y la necesidad de la educación para asimilar la cultura y para descubrir que el ser humano es educable y educador. A continuación, agrupamos en dos grandes apartados las características humanas que la antropología filosófica describe a este respecto: el inacabamiento humano al nacer y la plasticidad biológica.

3.1.1. Inacabamiento humano

Son muy conocidas las reflexiones de carácter filosófico sobre el modo de ser humano a partir de su biología que hicieron Adolf Portmann (*Zoología y la nueva imagen del hombre*, 1956) y Arnold Gehlen (*El hombre. Su naturaleza y su lugar en el mundo*, 1941). Portmann insiste en que lo biológico en el hombre tiene características propias que se aprecian en función de su unidad. Describe cómo, desde el punto de vista fisiológico, un niño nace siempre prematuramente. Necesita mucho tiempo para madurar físicamente si se compara con las crías de otras especies. Si no es cuidado durante un largo periodo de tiempo, no logra sobrevivir ni tampoco aprender lo que necesita para vivir. En este sentido, es famosa la afirmación de Gehlen: el ser humano nace biológicamente inviable, indigente, deficiente para subsistir.

Estas carencias se muestran en que el ser humano apenas tiene rasgos corporales que sugieran que se adapta a un hábitat concreto y en su casi nula especialización biológica para hacerse a un ecosistema. La indigencia biológica del ser humano se comprueba también en que no presenta los mecanismos instintivos propios de los animales para satisfacer sus necesidades; y esto le hace vulnerable, dependiente y necesitado de largos periodos de aprendizaje para sobrevivir. Los seres humanos no están adaptados a un

entorno ambiental concreto, sino que lo transforman y hacen de él *su* mundo. El crecimiento y la maduración biológica no culminan en un grado de especialización corporal que le facilite la supervivencia. Los seres humanos inventan qué hacer para sobrevivir y aprenden los actos que a otros seres humanos les ha permitido la subsistencia.

La capacidad humana para controlar y dominar el entorno constituye el nivel más básico del fenómeno humano de la cultura. El hombre no vive sin más en un nicho ecológico, sino que debe fabricar su propio hábitat. Su inacabamiento e insuficiencia biológica muestran que el modo de ser humano no es el término de un desarrollo biológico especializado, sino que la madurez del hombre reclama una complejidad que se resuelve según crece su capacidad de pensar y de querer, su dimensión espiritual. En ese crecimiento entran en juego las relaciones no estrictamente físicas con el mundo, en las que el contacto con otros seres humanos es fundamental. Y una propiedad de este *contacto* es que es *educativo*, los adultos ayudan a los más jóvenes a crecer como humanos, a humanizarse.

3.1.2. *Plasticidad humana*

El ser humano tarda más años que cualquier cría de las otras especies de mamíferos en madurar para poder subsistir –comer por sí solo, reproducirse, etc.–. El órgano específico regulador de los principales mecanismos vitales del cuerpo es el cerebro. Las capacidades del cerebro humano siguen creciendo después del nacimiento, sobre todo en función de las experiencias –conocimientos, sensaciones, actividades– que adquieren y realizan. Las neuronas –las células que intervienen en este proceso y constituyen la base orgánica de la vida cerebral– se atrofian si no se usan; y los circuitos neuronales –los enlaces entre neuronas, que representan el fundamento fisiológico de la funcionalidad vital– se configuran de acuerdo con la actividad que el ser humano realice. En el cuadro 3.1, recogemos algunos datos sobre las peculiares características del cerebro humano.

El ser humano tiene capacidad de pensar y producir artefactos pero la actualización de esta potencialidad no es innata ni es instintiva, sino que requiere de un entorno concreto: ambiental y de relación con otros seres humanos. La poda neuronal se conduce según las actividades que se realicen durante la infancia y estas dependen de las oportunidades del entorno, especialmente de la relación que establezca con otros seres humanos. El cerebro humano, de gran capacidad neuronal y un importante grado de indeterminación y necesidad de constituirse, es un órgano abierto, que se puede moldear de formas diferentes. A esta característica se le llama *plasticidad cerebral*.

En la actualidad, algunas teorías acerca del ser humano –la más divulgada es el geneticismo sociobiológico– sostienen un determinismo biológico por el que se pretende justificar que todo el comportamiento humano es resultado exclusivo de procesos fisiológicos –reduciendo el concepto de naturaleza a las dimensiones físicas–, es decir, producto de la información contenida en el patrimonio genético humano, sin necesidad de acudir a otras causas. Sin embargo, a partir de la observación del desarrollo humano se constata que las pocas respuestas que el ser humano da de modo automático o reactivo a

¿Qué es el ser humano?

los estímulos ambientales se van perdiendo a partir del nacimiento y, por el contrario, se fija como disposición, como facilidad para actuar de un modo u otro, lo que se adquiere según las experiencias que trascurren en la vida, entre las que destacan por la riqueza y rapidez que suscitan el aprendizaje las de relación con sus semejantes.

Cuadro 3.1. Características del cerebro humano y aprendizaje

<i>Cerebro humano</i>	<i>Características y procesos</i>
<i>Encéfalo humano</i>	<ul style="list-style-type: none">– 1011 millones de células nerviosas o neuronas, cada una de las cuales puede realizar hasta 1014 conexiones sinápticas.– Pesa más en comparación con el resto de los animales más inteligentes (por ejemplo, la proporción es de 1/45 respecto al peso total mientras que en un gorila es de 1/200).
<i>Poda neuronal</i>	<ul style="list-style-type: none">– Proceso de mielinización de las neuronas; se van seleccionando y mejoran las conexiones sinápticas.– Hasta un 60% de las neuronas dejan de ser útiles.– El crecimiento es en calidad funcional y no tanto en cantidad de células nerviosas.
<i>Base del aprendizaje</i>	<ul style="list-style-type: none">– El cerebro se especializa configurando circuitos nerviosos, base de algunos actos.– Para el establecimiento de esos circuitos, el ser humano tiene un tiempo, si se le pasa sin configurarlos, no puede realizar algunas funciones más tarde, como se observa en niños ferales, niños privados de interacción social.
<i>Base de la ejecución de las actividades humanas</i>	<ul style="list-style-type: none">– Las áreas funcionales que están localizadas en el cerebro son la base biológica de actividades como hablar, pensar, imaginar, ver, oír, hacer un deporte, etc.– La comparación con animales resalta la singularidad humana, por ejemplo, el área de asociación de un chimpancé es de 15/100 de su cerebro, en el ser humano ocupa el 85/100 de la corteza cerebral.– Otros rasgos anatómicos diferenciales: el córtex de asociación frontal es más amplio en los seres humanos, y las circunvalaciones del cerebro del hombre son más numerosas y profundas que el de los animales. Estas dimensiones corporales están en relación con las actividades de raciocinio, de planificación, de memoria, de procesos emocionales.– Las áreas de asociación son el correlato biológico de la plasticidad humana y se activan en función de lo que el ser humano ejercita.

Fuente: a partir de Aranguren (2003: 71-75).

La especialización vital del ser humano no le viene dada por vía genética, sino educativamente. Este tema lo abordamos de modo más amplio al explicar en el siguiente apartado el proceso de humanización. Por el momento, constatamos que la biología *no*

determina el comportamiento humano, aunque sí lo condiciona en parte; y también que el cerebro humano es un órgano que se especializa de muchos modos según la experiencia y, por ello, la educación desempeña un papel muy relevante. Esta capacidad de configuración o plasticidad es la base que permite explicar otras características que diferencian al ser humano de los animales superiores y que sintetizamos en el cuadro 3.2.

Cuadro 3.2. *Apertura y plasticidad en el modo de ser humano*

<i>El ser humano</i>	<i>es como una página</i>	<i>en blanco</i>
– Abierto a toda la realidad	– Puede ser de muchas maneras	– Es libre
– Responde a todo estímulo	– Actúa de diversos modos	– No está determinado
– Interesado por todo	– Se propone más fines que cubrir	por instintos ni por
– Experimenta todo	sus necesidades biológicas	su propia experiencia
		adquirida

El proceso educativo proporciona una experiencia de vida. El ser humano, abierto a muchas posibilidades, tiene que ir concretándolas, a partir de las oportunidades que se le abren en el tiempo.

3.2. La educación y los procesos de hominización y humanización

Entre los datos que aportan la antropología biológica y la paleontología, subrayamos algunos que permiten entender el papel de la educación en la evolución de la vida hasta llegar a ser *vida propia de seres humanos*. El debate en estos campos científicos sobre la naturaleza del ser humano –si es exclusivamente un ser de naturaleza material o está también abierto a una dimensión espiritual– ha repercutido en los planteamientos acerca de la educación. Hay teorías que fusionan el proceso de *hominización* –un recorrido de cambios genéticos y epigenéticos (mutaciones que se producen por influencia del ambiente) que dan lugar a individuos de la especie *Homo sapiens*– con el de *humanización* –el trayecto de producción y adquisición de la cultura–. Desde la perspectiva que fusiona ambos procesos, se considera que el ser humano es exclusivamente producto de un desarrollo biológico idéntico al del resto de las especies: a lo largo del tiempo, se han producido las combinaciones genéticas que han dado lugar a la especie *Homo sapiens* actual en determinados ecosistemas. El papel que concede este enfoque a los procesos biofísicos en la constitución y desarrollo del ser humano desdibuja el lugar de la cultura y de las actividades que trascienden la biología. La educación se considera un proceso de aprendizaje de respuestas fijadas genéticamente a unos estímulos ambientales, entre los que se encuentran los demás miembros de la misma especie.

Sin embargo, otras teorías sostienen que para poder explicar qué es el ser humano la biología debe abrirse a razonamientos más amplios que la mera condición corporal,

¿Qué es el ser humano?

distinguiendo entre los procesos de hominización y humanización; entre el crecimiento de las dimensiones corporales y de otras relacionadas con ellas pero no reductibles a lo material; y entre los elementos instintivos de la conducta humana y los que dan paso a comportamientos que no responden a una fijación física sino más bien a lo que el sujeto humano quiera obrar, etc. Desde estos presupuestos, *la educación forma parte de manera natural del desarrollo y crecimiento humanos*, que no están regulados exclusivamente por mecanismos biológicos.

3.2.1. El estudio de la evolución humana

De la investigación sobre la evolución de la especie humana obtenemos datos que permiten conocer algo más del modo de ser humano, mostrando también la necesidad de la educación en el proceso de configuración del *Homo sapiens*. La evolución es el proceso según el cual se constituye una especie; y los principios que explican la evolución son la *irradiación* y la *adaptación*. El cambio climático provoca la irradiación: los individuos de una especie emigran a lugares de distintos climas. Se supone que se producen cambios en los caracteres morfológicos para adaptarse a un medio y si estos son muy significativos, se hace imposible la fecundidad entre individuos que, originariamente, eran de la misma especie y habitaban en los mismos entornos. La adaptación y los cambios morfológicos suponen una mutación sistémica, es decir, los cambios en una parte del organismo están relacionados con las modificaciones en otras.

De momento, se desconoce cómo se producen los cambios en los genes que apuntan a esta configuración sistémica, pero sí se sabe que se necesita mucho tiempo para que los cambios sean acordes entre sí y hagan posible la adaptación. A la hora de aplicar estos principios a la evolución humana, las incógnitas se multiplican porque el *Homo sapiens* no es un *Homo* adaptado a ningún clima concreto, sino que esta especie habita en ambientes naturales muy diferentes entre sí y su constitución no tiene sentido como adaptación a *un* ambiente natural determinado. Tampoco se sabe bien cómo se pasa de una especie de homínido a otra que por sus rasgos externos parece superior; aunque sí se puede afirmar que existe una correlación entre el crecimiento del cráneo en los homínidos, el uso de las manos y la aparición de instrumentos técnicos. Y como ya se ha mencionado anteriormente, los humanos que conocemos sobrevivieron no tanto por adaptación al medio natural, sino en la medida en que lo transformaron. Sin la técnica, el *Homo sapiens* no hubiera subsistido. La investigación sobre la evolución humana confirma esta afirmación:

[Ser humano] significa biológicamente esto: animal que domina su entorno, el ambiente; este acontecimiento no tiene lugar en ningún otro tipo de ser vivo. Las leyes de la evolución –radiación, adaptación, fijación de caracteres, selección– en el hombre no juegan, porque el hombre es capaz de hacer, y esta es una característica intrínseca sin la cual no hay hominización. No podemos considerar nuestra actuación técnica como un sobreañadido accidental, del que podríamos prescindir por extraño a nuestra constitución somática, sino que forma parte de nuestra biología. (Polo, 1997: 36)

Parte II. Ser humano. Aprender a ser humano

Las propiedades morfológicas que caracterizan el cuerpo del *Homo sapiens* guardan una relación sistémica entre ellas y hacen posible que se lleve a cabo el proceso de humanización. Entre ellas, destacamos:

- *Bipedismo*: configuración especial de la columna, erecta, preparada para sostener la cabeza y tener libres las manos.
- *Cráneo*: con capacidad para alojar un cerebro más grande, que es la base orgánica para realizar más actividades además de las estrictamente vegetativas y sensitivas.
- *Cara plana*: los ojos en la misma línea para ver de frente con perspectiva y obtener más información y más general. La cara contiene muchos músculos que permiten la realización de gestos que la convierten en un rostro expresivo, no en la jeta del animal.
- *Boca*: con la que, además de comer, se habla. La lengua humana es un músculo ordenado al lenguaje.
- *Manos con el pulgar oponible*: el mecanismo de la pinza de la mano permite asir las cosas como instrumentos y fabricar otros.

En consecuencia:

- Como ser bípedo, el *Homo sapiens* puede realizar movimientos corporales con más fines que la mera subsistencia, y aprende a trasladarse, defenderse, alimentarse, vestirse, etc., más allá de sus necesidades inmediatas; y ejecuta actividades psicomotrices más complejas, como son el deporte, el juego, la danza, el adorno.
- Su cabeza aloja un cerebro más grande, con suficiente capacidad para contener los circuitos neuronales que marcan una variada gama de actividades, entre las que se encuentran aprender y experimentar.
- Obtiene mucha información con un solo golpe de vista, que es además lo suficientemente afinada para registrar símbolos, a los que puede unir significados y es una vía rápida de comunicación, de lenguaje visual.
- Emite y discrimina sonidos muy diversos, que pueden convertirse también en signos con los que se agiliza la comunicación, constituyendo así el lenguaje oral.
- Expresa los sentimientos e ideas a través de la mirada, la boca, los gestos.
- Con sus manos, hábiles, de motricidad fina y no especializada, fabrica, manipula la materia, se comunica con otros seres, acaricia, causa daño, colabora, etc.

La evolución humana no se puede entender sin la aparición de la técnica y sin relacionar esta con la capacidad de pensar, de vivir en sociedad, de compartir valores y asumir reglas. Por ejemplo, se sostiene que el cultivo de la tierra permitió alimentar a más personas y que estas se reunieran en poblaciones más grandes, emergiendo sociedades más complejas. La división en el trabajo permite una producción de instrumentos espe-

¿Qué es el ser humano?

cializada y la realización de actividades más variadas; los intercambios entre sociedades difunden e incrementan los medios para sobrevivir. Para la convivencia se requieren normas y la posibilidad de constituir las, acatarlas, negarlas: el ser humano no se guía por instintos y es capaz de inhibirlos.

Homo es un género de vivientes que culmina cuando tiene lugar la humanización, es decir, cuando el ser vivo es dueño de su conducta. La humanización, la aparición de la inteligencia y de la libertad en el hombre, es coherente con el indicado punto de vista morfológico: no es, digamos, un cuerpo que lo más que puede hacer es establecer una relación homeostática con el estímulo externo, que es lo que ocurre en cualquier otro animal, sino que cuando se trata del *Homo* su cuerpo no está cerrado, sino que está abierto no al ambiente, sino a una factura suya. (Polo, 1997: 36)

Esta manera de vivir en la que se aplica la inteligencia, requiere y promueve la necesidad de la educación.

3.2.2. Necesidad del aprendizaje y de la educación

Como ya se ha dicho, pensar sobre el proceso evolutivo de la especie humana y sobre el crecimiento del hombre permite diferenciar entre hominización y humanización; entre el proceso biológico y el sociocultural educativo. Reflexionando sobre las hipótesis acerca de cómo fue la evolución humana, no parece que hayan existido seres que hayan desarrollado la hominización sin que al mismo tiempo se produjera la humanización. En la era presente, lo que observamos es que los niños crecen corporalmente y, a la vez, en relación con su mejoramiento físico, se cultivan, y crecen en otras dimensiones además de la corporal. La educación es inherente a la humanización y para ella se precisa el desarrollo de la racionalidad y de las relaciones con otros seres humanos.

Una de las capacidades más elevadas, que constituye también una tendencia muy profunda en el ser humano es el deseo de conocer. El hombre busca conocer la realidad y hacerse dueño de ella. El lenguaje representa esa aptitud del ser humano. Nombra las cosas cuando las conoce, cuando las construye. Conoce el ambiente que le rodea, y quiere conocer todo el universo y conocerse a sí mismo. El saber sobre el mundo y sobre sí, que va adquiriendo cada ser humano y cada generación, discurren simultáneamente y no están predeterminados por la biología.

Lo que cada individuo añade a la especie, a saber, la radical novedad de su propia andadura biográfica, no es posible sin que el individuo comience echando raíces en todo bagaje de vida vivida por los congéneres que le han precedido en la tarea de vivir. La mutua imbricación entre lo que hace y lo que recibe marca indefectiblemente la vida de cada hombre: originalidad y originariedad. Cada hombre es original porque es originario. De ahí que la vida humana no pueda, digámoslo así, partir de cero. (Barrio, 2000: 103)

El ser humano no solo posee *biología*, sino que construye su propia *biografía*; no es solo individuo de una especie, sino que de algún modo la supera, dándose una gran diversidad entre los seres humanos, como individuos y como grupos. El proceso por el que el hombre y los grupos humanos hacen aportaciones a la naturaleza física, a su propio modo de ser a partir de una biología particular que les es dada, se llama *humanización*. La biología muestra que el ser humano no está ni acabado ni determinado genéticamente, sino orientado y abierto a completarse, a humanizarse y esto se logra mediante la educación.

3.3. Corporalidad y espiritualidad: educación más allá del instinto

Del estudio de la evolución humana es razonable concluir que el ser humano no se explica únicamente por su biología y que esta permite que el ser humano pueda determinar sus movimientos corporales por medio de su actividad racional, cuyo sustrato orgánico es el cerebro. La evidencia de que el ser humano piensa, quiere, se comunica, elige, se dirige, se daña o se mejora, fabrica, inventa, destruye, etc., y que estas actividades y sus resultados no son estrictamente físicos, hace razonable sostener que la naturaleza humana es compuesta. La antropología filosófica examina las diversas teorías que se han elaborado sobre la constitución de la naturaleza del ser humano, que resumimos en el cuadro 3.3 y que tienen gran importancia a la hora de entender la educación, en concreto, en lo que afecta a dos cuestiones fundamentales: en qué radica la educabilidad y qué medios y fines puede plantearse la educación.

Cuadro 3.3. Teorías de la composición de la naturaleza humana

Teorías	Naturaleza humana	Educación
Monismo materialista	<ul style="list-style-type: none"> – Un solo elemento o sustancia. – Materia/cuerpo. 	<ul style="list-style-type: none"> – No es posible ni necesaria. – Se sigue el instinto y cabe cierto aprendizaje.
Monismo idealista	<ul style="list-style-type: none"> – Un solo elemento o sustancia. – Espíritu/razón/alma. 	<ul style="list-style-type: none"> – Hace lo que el hombre es.
Dualismo	<ul style="list-style-type: none"> – Dos sustancias unidas accidentalmente. – Cuerpo + espíritu. 	<ul style="list-style-type: none"> – Educación, fundamentalmente, como ayuda al desarrollo de la razón.
Dualidad	<ul style="list-style-type: none"> – Dos principios unidos sustancialmente. – Cuerpo # espíritu. 	<ul style="list-style-type: none"> – Educación como ayuda al desarrollo integral de todas las dimensiones humanas.

El ser humano posee unas características que no solo hacen posible la educación, sino necesaria para desarrollar sus potencialidades. Estas propiedades, además, indican

el modo adecuado de desarrollar la educación y hacia qué finalidades se debe dirigir. La intrínseca relación entre algunos fenómenos corporales y otros no somáticos o espirituales inclinan a defender la dualidad de la naturaleza humana, como cuerpo y espíritu unidos de tal modo que uno posibilita la existencia y vitalidad del otro.

3.3.1. Posibilidad y necesidad de la educación

Cuando en el lenguaje ordinario nos referimos a *lo posible*, mencionamos varios asuntos: en primer lugar, que hay *aptitud*, *potencia* u *ocasión* para que algo sea o exista, para hacer o no hacer algo. El significado propio de *aptitud* es “capacidad para operar competentemente en una determinada actividad” o “cualidad que hace a algo adecuado o acomodado a un fin”, a la producción de un efecto. El término *potencia*, empleado en el contexto filosófico, precisa aún más el sentido que tiene en el lenguaje común y, así, se llama *potencias* a las “facultades operativas humanas”, es decir, a los sentidos externos e internos, la inteligencia y la voluntad.

Potencia significa también, en el ámbito filosófico, “la posibilidad o capacidad pasiva para recibir una actualización”; la capacidad de llegar a ser aquello que, aun siendo posible, no es todavía, es decir, no está en acto. Así, por ejemplo, un antiguo adagio filosófico señala que el ser humano está en potencia de conocer todas las cosas –es posible que las conozca teniendo aptitud, inteligencia, ocasión, oportunidad y tiempo de conocer–, pero no las conoce en acto. En este sentido, lo posible todavía no es y no tiene por qué llegar a ser necesariamente.

Si pensamos en el ser humano, observamos que está en potencia de realizar muchos actos. Es posible que una persona –por nombrar las operaciones básicas que integran cualquier otra actividad humana– sienta, piense, quiera, se emocione, etc. Es posible que esa persona baile un tango, formule un logaritmo, prepare un buen plato de pasta, arriesgue su vida por la de otra... Pero para pasar de *estar potencia* a *realizar un acto*, sobre todo si se trata de la acción del que ejecuta algo por primera vez, se necesita una actualización externa que permita pasar de la capacidad de hacer al acto, a la acción. El ser humano precisa de esa ayuda, de la actualización por parte de otros, para que sus potencias pasen a acto; aunque, ciertamente, no todas con la misma intensidad: depende de qué potencias se trate, de qué actos vayan a realizarse, y de la etapa vital en la que se encuentra el sujeto.

El ser humano no nace en plenitud, hecho del todo, poseyendo todas las perfecciones que es capaz de adquirir. Llegar a la perfección significa crecer, madurar. La ayuda a ese crecimiento se denomina *crianza y educación*. Durante mucho tiempo se pensó que la educación era un asunto que afectaba solo a las primeras etapas de la vida. Por el contrario, hoy se considera que la educación no termina nunca y, aunque en algunas dimensiones y a ciertas edades se requiera menos la ayuda educativa de los demás, siempre se puede mejorar más fácilmente con la colaboración de los otros. La educación es posible porque tenemos la capacidad, la aptitud, de recibir de los demás la ayuda que necesitamos para crecer, para que nuestras potencias lleguen a actualizarse.

Parte II. Ser humano. Aprender a ser humano

Dicho esto, hay que añadir que para el ser humano la educación no es únicamente posible, sino que además es necesaria. ¿Qué quiere decir *necesidad*? Seleccionamos tres definiciones del uso ordinario del término:

- “Impulso irresistible que hace que las causas obren infaliblemente en cierto sentido”.
- “Aquello a lo cual es imposible sustraerse, faltar o resistir”.
- “Carencia de las cosas que son menester para la conservación de la vida”.

Algo necesario es lo que forzosa o inevitablemente ha de ser o suceder, o que se hace o ejecuta obligado por otra cosa, a diferencia de lo voluntario y espontáneo. Necesario es lo indispensable, lo que hace falta para lograr un fin. Y, en sentido metafísico, algo necesario es aquello que es y que no podría no haber sido; distinguiéndose así de lo contingente: lo que es, pero podría no ser.

¿En qué sentido podemos sostener que la educación es una necesidad del ser humano? Ciertamente, el término no se emplea como impulso irresistible –ni por parte del que educa ni en la condición de educando–. El que tiene que aprender puede ofrecer mucha resistencia a formarse y a veces se sale con la suya; y los educadores tampoco sienten ese impulso irresistible a educar. Por otra parte, la educación no es una carencia sino que, precisamente porque el ser humano tiene carencias para vivir y vivir bien, lo educativo es necesario.

La necesidad que el hombre tiene de la educación hay que entenderla entonces en el sentido de que esta es *indispensable para poder alcanzar cierto fin*: para desarrollar una vida plenamente humana. La educación no es una actividad espontánea ni en quien se educa ni en el educador, aunque sea voluntaria en ambos casos; es una tarea que alguien se propone para conseguir un fin –crecer y alcanzar una serie de cualidades que no es posible lograr sin ella–. Esta afirmación tiene como consecuencia que la educación es un derecho y un deber que deben reconocerse a cada persona, y no es lícito transformar la educación en adiestramiento o manipulación. Como la naturaleza humana es perfectible, *el fin de la educación es contribuir a que cada ser humano alcance la plenitud que le es posible*. Sobre este tema tratamos en el último apartado de este capítulo.

3.3.2. La diferencia entre instinto y tendencia

Citando de nuevo a Gehlen, es posible distinguir entre la dinámica operativa animal y la humana, por el carácter diferente del impulso que mueve a obrar en uno y otro caso. Los animales se mueven por instinto. Siguiendo a Lorenz, Gehlen define el *instinto* como el conjunto de movimientos que responden a un modelo o estructura, más o menos estable, que se desencadenan por un automatismo innato y que son dependientes de la exposición del individuo a estímulos internos y externos. El ser humano tiene pocos instintos y, a medida que madura, su comportamiento es claramente no instintivo: no responde a patrones fijos de comportamiento comunes a toda la especie. Dados los mismos estímulos,

¿Qué es el ser humano?

los seres humanos reaccionan con respuestas y conductas muy diversas. Cuantas más muestras de comportamiento inteligente da el ser humano, menos señales de conducta instintiva se perciben en él.

Así como los animales centran su atención en aquellas realidades del hábitat que son relevantes para su bienestar y la subsistencia de los otros individuos de su especie, al ser humano le interesan todas las cosas: está abierto al mundo, a cualquier acontecimiento que suceda en el universo, e incluso a lo que aún no ha sucedido. No solo está pendiente de los estímulos a los que ha de responder, sino que, como puede captar toda la realidad, debe seleccionar a qué presta atención porque espontáneamente es un ser muy curioso. El ser humano no solo conoce los elementos que satisfacen directamente sus necesidades, sino que también es capaz de dominar la realidad, transformarla y descubrir posibilidades de intervención. Las posibilidades del hombre no están cercenadas por el determinismo biológico o ambiental, sino que trascienden el esquema del instinto. Lo más característico del ser humano no es lo que le viene dado, muy potencialmente, al nacer, sino lo que se da a sí mismo. Como explica Barrio (2000: 92): “La historia humana es la historia de las iniciativas egregias de algunos individuos humanos, mientras que la ‘historia animal’ es solo la descripción filogenética de las especies, nunca de los individuos”.

Ciertamente, el ser humano experimenta impulsos naturales hacia algunas actividades y hacia los bienes que se logran mediante su ejercicio. Pero dichas inclinaciones no le mueven a la fuerza, ni le conducen hacia una forma unívoca de obrar. Por esta razón, tradicionalmente se ha preferido utilizar el término *tendencia* para nombrar a esos impulsos o inclinaciones humanas y distinguirlos de los *instintos* de los animales. Porque la naturaleza humana es un *principio fijo* de comportamiento, pero no un principio de *comportamientos fijos*.

Una tendencia es la *inclinación* hacia algo que experimenta el ser humano y, al sentirse inclinado a obrar, el sujeto puede *hacer* algo; así pues, las tendencias mueven a actuar pero no son la causa del obrar humano. Las tendencias inclinan a ponerse en movimiento, pero es necesario cierto esfuerzo para obrar con vistas a la consecución de un fin. La tendencia se puede experimentar en forma de deseo, como cierto impulso para conseguir un bien que causa placer, o como repulsa ante un mal que causa dolor. Las tendencias naturales más básicas, que se experimentan con más fuerza, giran alrededor de la conservación la vida, inclinando al ser humano a realizar las operaciones vitales: vegetativas –nutrición, crecimiento y reproducción–, sensitivas –conocimiento sensible y apetitos– y espirituales –que ponen en ejercicio a la inteligencia y la voluntad–.

El hecho de que la ejecución de un acto no dependa exclusivamente de la tendencia es lo que permite caracterizar al ser humano como un ser libre. Puede sentir inclinaciones, experimentar la atracción o repulsión respecto de realidades que siente o piensa; pero no está determinado por esas tendencias ni por las realidades externas que las motivan. Por eso el ser humano puede suicidarse y contradecir su impulso a conservar la existencia, puede hacer una huelga de hambre y contradecir su impulso a satisfacer la necesidad de alimentarse, puede matar a un individuo de su especie y contradecir su

